

« partido conservador, había sido aprehendido el 21 de Marzo en el camino de Tehuacán, adonde iba para ponerse en relación con el almirante. Conducido al Cuartel general del General Zaragoza, en San Andrés Chalchicomula, inmediatamente fué pasado por las armas, por traidor á su país. Su muerte era un desafío arrojado á los Comisarios aliados, y una terrible amenaza para todos aquellos que intentasen sostener la intervención extranjera. »

Otra prueba más de que las fuerzas mexicanas rodeaban los acantonamientos de los invasores, cerrándoles toda comunicación con el exterior.

Y en esas fuerzas no sólo había soldados veracruzanos, sino de otros muchos Estados.

Antes de que se rompiera el convenio de la Soledad había en Chalchicomula fuerzas de Oaxaca, de Querétaro, de San Luis y del Estado de México.

Pero Niox se equivoca; el cuartel general de Zaragoza estaba más al interior; en Chalchicomula estaban los Generales Coutolenne y Arteaga.

El *nueve* de Abril de 1862 se rompieron simultáneamente en Orizaba la alianza de las tres Potencias pactada en Londres, y la Convención de la Soledad, ese tratado en el que nuestro Ministro en Londres, el inmortal y hoy olvidado Doblado, se burló de los diplomáticos europeos y obligó á Prim, al inundo Saligny, al avaro Sir Wyke y al altivo Jurien de la Graviere á reconocer el Gobierno del Sr. Juárez y la soberanía de la Nación mexicana.

Sr. Bulnes, esos triunfos del gran partido jacobino, al que ustedes tienen tanto miedo, jamás los alcanzarán ustedes, en su hinchada y petulante pretensión.

El rompimiento del pacto de la Soledad fué comunicado por los plenipotenciarios de las tres naciones al Gobierno mexicano.

Prim embarcó para la Habana á sus españoles, llevándose desairada la candidatura de un Borbón español para México.

Los ingleses también se embarcaron llevándose los bonos de la deuda inglesa, porque sólo á eso habían venido.

Quedaba la Francia imperial con su obra gloriosa, sus bonos Jecker, sus cortes marciales, su de Potier, el que azotaba á los mexicanos, el Haynau francés, su Dupin, y..... su vergonzosa retirada ante la intimación insolente del yankee.

La guerra estaba declarada.

Lorenz comenzó su avance hacia Córdoba, cuando las hostilidades tomaron cierta intensidad.

La vanguardia francesa tuvo su primer encuentro en el Fortín con fuerzas mexicanas que perdieron algunos hombres muertos, heridos y prisioneros.

Vino después el ataque de las Cumbres en el que nuestras pérdidas fueron mayores, y más considerables en el ataque de Puebla el 5 de Mayo de 1862.

Y á propósito de la batalla del 5 de Mayo, se me antoja hacer una rectificación de algún juicio petulante hecho por el Sr. Bulnes sobre esta acción de guerra.

En la página 119 de su libro, hablando de las faltas cometidas por Lorenz el 5 de Mayo, dice el Sr. Bulnes lo siguiente:

« Y por último, la gran falta fué que los franceses se batiéron como soldados medianos, puesto que sólo perdieron el 8 por ciento de su efectivo. »

Y yo vuelvo á abrir el libro que sirve muchas veces de autoridad al Sr. Bulnes, "*La Expedición de México*" por Niox; y en la página 167, tratando de la derrota de los franceses frente á Puebla, leo lo que sigue:

« En esta jornada, la división del general Lorenz perdió 476 hombres, cifra considerable relativamente á su efectivo. »

¿Qué opinión tendrá más fuerza, la del Sr. Bulnes, ingeniero civil con pretensiones de militar, ó la de Niox, capitán de Estado Mayor del ejército francés?

Vamos adelante:

El ejército mexicano perdió en esa jornada 83 muertos, 132 heridos y 12 dispersos, según el parte del General Zaragoza.

En Barranca Seca, 18 de Mayo de 1862, las pérdidas de los mexicanos fueron tan numerosas como sensibles, porque

en esa hondonada debió quedar destruida la numerosa gavi-
lla que llevaba Márquez á unirse con los franceses.

El General Tapia atacó á Márquez vigorosamente, lo-
grando coparle gran parte de sus hordas y de hacer huir el
resto, cuando llegó el 99 de línea francés, sorprende á las tro-
pas de Tapia en la Barranca, las envuelve y las derrota, sal-
vándose así el asesino Márquez, que estuvo en peligro de
caer prisionero; no le fué posible huir desde el principio del
combate, como hacía siempre.

En Barranca Seca perdimos 100 muertos, 200 heridos y
1,200 prisioneros.

Aun tuvimos una gran pérdida en la sorpresa del Borre-
go, que inculpa Bulnes al General González Ortega, hasta
creer que este jefe debió ser condenado en un Consejo de
Guerra.

Es que el Sr. Bulnes no conoce los detalles de ese de-
sastre.

Más de un mes había transcurrido del triunfo de Puebla,
cuando creyó el General Zaragoza que podía tomar la ofen-
siva sobre Orizaba, por haber recibido de refuerzo la división
de Zacatecas.

Marchó sobre Orizaba, perfectamente fortificada por Lo-
rencez, quien concentró al punto en la ciudad todos los des-
tacamentos franceses de los alrededores.

Zaragoza llegó con su ejército el 12 de Julio de 1862 á
Tacamalucan; y al saber que Lorencez había descuidado ocu-
par la cima del Cerro del Borrego, ordenó al General Gonzá-
lez Ortega que á toda costa se apoderara de aquella posición,
con lo que la toma de Orizaba era segura.

La operación encomendada á González Ortega era difi-
cilísima, porque para colocar su división en el punto designa-
do, tenía que marchar describiendo un gran semicírculo para
no ser sentido por el enemigo, y por sitios boscosos, llenos
de barrancas y casi intransitables.

Todo el día, toda la tarde y parte de la noche caminó la
división de Zacatecas sufriendo mil fatigas, trepando con
enormes dificultades la espalda del cerro y subiendo casi en
brazos los soldados la artillería.

A las ocho de la noche del 13 al 14 de Junio llegaron las
infanterías á la cima del cerro; y los soldados, incapaces de

moverse, agobiados de cansancio, se tiraron al suelo y se
echaron á dormir, sin que se lograra ponerlos en pie.

El cuerpo humano tiene un límite infranqueable en su re-
sistencia y sus necesidades son indomables.

Los franceses han mentido al narrar el desastre del Ce-
rro del Borrego.

Lorencez dijo en su parte que habiendo tenido noticia el
coronel L'Hériller de que se escuchaba algún ruido en la ci-
ma del Cerro, ordenó á una de las compañías del puesto de
la Angostura que subiera á ocupar la cima antes que el ene-
migo.

Eso no es verdad; para disputar la altura á una división
no se manda á una compañía.

Los franceses tuvieron oportunamente noticia de la pre-
sencia en el Cerro de tropas mexicanas por un incidente co-
mún en éstas.

Las tropas de González Ortega sólo habían tomado en la
mañana un ligero rancho, que no era posible darles en la no-
che, porque ni había víveres, ni se debían encender hogueras
que revelaran la situación de la fuerza al enemigo.

Entonces se encargaron las mujeres, que por desgracia
siempre acompañan á las tropas mexicanas, de alimentar á
sus hombres.

Y las soldaderas, sin comprender la torpeza que come-
tían, y sin que lo sintieran los jefes de la división zacateca-
na, aprovechando la obscuridad de la noche, se deslizaron
por las veredas del Cerro y penetraron á Orizaba, creyendo
les sería fácil salir y volver al campamento mexicano.

Sorprendidos los franceses, dejaron penetrar á aquella
turba de mujeres y las redujeron á prisión; pero así compren-
dieron y supieron que los mexicanos acampaban en el Bo-
rrego.

Entonces prepararon y llevaron á cabo aquella sorpresa
que destruyó el plan de Zaragoza.

Subieron los franceses, no á batirse, á degollar, á acuchi-
llar soldados cansados, dormidos é inermes; cundió la alarma
en la división, los jefes mexicanos, con alguna fuerza, hicie-
ron tenaz resistencia, pero sin saber, por la intensa obscuri-
dad de la noche, el número de enemigos con quienes com-
batían.

Tal fué la derrota del Borrego, tan aclamada por los franceses, no porque éstos hubieran impendido gran dosis de táctica y de valor, sino porque aquella sorpresa vulgar y cobarde, aunque fué de las que se permiten en la guerra, salvó á Lorencez de una pérdida segura.

En esa noche perdió la división de Zacatecas 250 hombres entre muertos y heridos y 200 prisioneros. Estas cifras son tomadas de datos franceses.

Y todo el resto de la división se salvó gracias á la energía y valor con que se batieron los jefes y oficiales, y el mismo General González Ortega, á quien el Sr. Bulnes, si hubiera podido, lo fusila.

Pero el Sr. Bulnes debía haber ido sumando las pérdidas que he consignado sufridas por el ejército de Oriente y los contingentes de los Estados.

Y si sumaba bien, no como acostumbra sumar, se explicaría las diferencias numéricas que encuentra entre el contingente pedido en 1861 y el presentado en 1863.

No quiero fatigar á mi lector narrándole otros combates más ó menos importantes que hubo desde la llegada de Forey hasta la subida de éste al valle de Puebla, con sus 26,500 hombres, después de haber dejado aseguradas sus comunicaciones con Veracruz.

He probado ya que el cuadro que forjó el Sr. Bulnes para demostrar el poco patriotismo de los Estados, no es más que un escamoteo de cifras, en el que se han suprimido las numerosas bajas que en el lapso de tiempo corrido desde Diciembre de 1861 á Marzo de 1863, tuvo el ejército de Oriente.

« El contingente de los Estados enviado en catorce meses y medio, dice Bulnes, fué de—¡¡14,144 hombres!!— Tal fué el triste contingente de sangre que ofrecía una población de nueve millones de habitantes, y de esos 14,144 hombres, lo menos 13,000 se hubieran ido con gusto á su casa. »

No, Sr. Bulnes, no fué ese el contingente dado por los Estados; entre otras cifras que Ud. suprime hay la muy notable de las pérdidas sufridas en quince meses de campaña.

¿Y por qué insulta Bulnes al heroico ejército de Oriente

diciendo que casi todos sus soldados se hubieran ido con gusto á su casa?

Pues no se fueron, Sr. Bulnes, aunque pudieron irse, porque antes de encerrarse en la gloriosa *olla de piñata* de Puebla hicieron muchas marchas nocturnas, acamparon á campo raso y jamás se insurreccionaron contra sus jefes: y no hubo desertiones en el ejército de Oriente.

También insulta Bulnes á la Nación diciendo, que ésta con sus nueve millones de habitantes sólo opuso catorce mil hombres al invasor.

El Sr. Bulnes ignora vergonzosamente el estado que guardó la república en 1862 y 1863.

Y eso es imperdonable en quien osa levantarse con ampulosas ínfulas de crítico, insultando á todos nuestros héroes, al heroico ejército de Oriente y al pueblo mexicano.

Si ya narré los principales incidentes de la guerra civil en 1861 que impidieron al Sr. Juárez organizar todos los ramos de la administración, ahora, para rechazar la injuria que arroja Bulnes sobre los Estados, diré que éstos no pudieron cooperar mejor á la defensa nacional, porque tenían que defenderse de las numerosas hordas de la Iglesia católica.

Si las entidades federativas hubieran quedado desarmadas, las fuerzas traidoras aliadas de la intervención las hubieran ocupado, y entonces el desastre habría sido más rápido, y el Sr. Juárez jamás hubiera organizado la resistencia que duró cinco años y que acabó con la intervención y el imperio.

Desde los límites del Distrito Federal estaba invadido por las guerrillas traidoras del clero infidente.

Mejía desde la Sierra dominaba hasta los linderos de Guanajuato, interrumpiendo toda comunicación del Gobierno General con los Estados del Poniente y del interior, y agotando los recursos de esa inmensa zona, á la vez que amenazaba los Distritos y la capital del Estado de Querétaro.

Y Mejía hasta el 13 de Junio de 1863 se desprendió con 5,000 hombres de la Sierra para ir á ponerse á las órdenes de Forey, que ocupaba ya la capital de la República.

El Sur estaba amenazado desde Cuernavaca por Vicario; Butrón en la serranía de las Cruces dominaba el camino de México á Toluca.

En el Estado de Guanajuato hormigueaban las gavillas de bandidos tan salvajes como Almanza y los dos Chagoyanes.

Desde León hasta las orillas de Guadalajara estaba tendida una gran línea de guerrillas clericales, Bueyes Pintos, Chávez, Juan Soto y otros muchos.

Lozada era dueño de Tepic y merodeaba en Sinaloa y en Jalisco.

Por último, Vidaurri en el Norte desobedecía al gobierno de la Unión pretendiendo independer los Estados en que imperaba, Nuevo León y Coahuila.

¿Podían los Estados sumidos en tal anarquía hacer más de lo que hicieron? Enviaron los contingentes posibles sin quedar desarmados; si se desarman, la intervención domina en un instante todo el país.

El Sr. Bulnes que ignora todo esto, acusa á los Estados y á la Nación.

Mas no hay que condenar por esto al Sr. Bulnes, pues su profunda ignorancia lo disculpa.

Pero el Sr. Bulnes además de ignorante es tenaz.

Después del grave cargo que lanza sobre la Nación, repite lo que ya había dicho antes:

" 14,000 hombres fué el número de soldados que el general Miramón levantó en cuatro meses, después de la batalla de Silao, no contando más que con Puebla, Querétaro y la Capital, y teniendo entonces recursos muy inferiores á los de Juárez á fines de 1861 y en todo el año de 1862. "

Y yo tengo que repetir lo que entonces dije al Sr. Bulnes, que esos 14,000 que improvisó Miramón, en menos de tres horas los derrotó, destrozó é hizo prisioneros González Ortega en Calpulalpam.

Prefiero por lo mismo á los 14,000 que dieron los Estados que triunfaron el 5 de Mayo, hicieron una campaña de quince meses, deteniendo á los franceses y humillaron al ejército francés en el sitio de Puebla, rechazando durante setenta y dos días sus asaltos.

Compara Bulnes después el contingente de los Estados con los 87,000 hombres que en la guerra de sececión levantó Tejas, y con los boeros que con una menor población armaron treinta y cinco mil.

Pues sobró tela para sus comparaciones, pues dejó de mencionar otras incontables campañas en las que se han batido millares y millares de hombres.

Lo que faltó al Sr. Bulnes fué un criterio sano para comparar, pues en cada símil olvidó tener en cuenta las condiciones en que se encontraba cada nación beligerante.

Endilga después el Sr. Bulnes una larga serie de reglas sobre la manera de hacer la defensa nacional, y cómo se defienden las plazas fuertes y el objeto de defenderlas, ya sea para que el enemigo las tome ó no las tome.

Como yo nada de eso entiendo ni me importa, me limito á recomendar cerca del Ministro de la Guerra al Sr. Bulnes para que lo nombre catedrático de la materia en el Colegio Militar.

Y siento que tan tarde haya aparecido el Sr. Bulnes en los campos de batalla imaginarios, que tan bien compagina. Un poco antes, allá por 1861, hubiera dado profundas lecciones de ciencia militar al Sr. Juárez, que sólo era abogado, y á González Ortega, que era un militar improvisado.

Sólo dos cosas sabían el Sr. Juárez y el Gral. González Ortega, que no sabe el Sr. Bulnes, y es que la Patria invadida se defiende contra el invasor como se puede, con elementos ó sin ellos, con ciencia militar ó sin ella, sin descanso, sin cuartel, luchando palmo á palmo, sin arredrarse por las derrotas y sin pensar en los resultados.

Era un duelo á muerte; y aunque el Sr. Juárez y los combatientes supieran que iban á perecer, no desertaron del campo del honor, á pesar de que conocían la inmensa superioridad del contrario.

Cumplieron con su deber.

Toda la garrulería técnica que suelta Bulnes, toda la erudición militar que enjareta en ese capítulo, es del todo impertinente hoy.

Entonces no se estudiaban ciencias militares porque no había tiempo para ello; se aprendían en los campos de batalla.

Tantas veces derrotaron en la invasión de 1808 los franceses á los españoles, que aprendieron éstos á combatir é hi-

cieron capitular á Dupont en Bailen é hicieron las admirables defensas de Zaragoza y Gerona.

Quizá el Sr. Juárez presentía que podía ir al desastre; pero tenía lo que salva del desastre, fe en la patria y fe en su causa.

Y olvida el Sr. Bulnes que Juárez tenía lo que vale más que todos los libros de táctica y todos los colegios militares del mundo y toda la ciencia militar de Bulnes, la cooperación del gran partido liberal, del verdadero, del jacobino, no del que comulga con los clericales y neo-traidores que hoy, no teniendo emperador ante quien arrodillarse, hacen honras fúnebres al tres veces traidor Iturbide, el concusionario y asesino, y á Maximiliano que tanto despreció á los conservadores mexicanos.

El Sr. Bulnes termina su capítulo intitulado "*Hacia el Desastre*" descargando toda su olímpica indignación contra el Gral. González Ortega por la sorpresa que sufrió en el Borrego y contra el Sr. Juárez que dió después á González Ortega el mando en jefe del ejército de oriente; y dice Bulnes:

"En todos los países del mundo, aun en los bárbaros, no se escoge para grandes operaciones de guerra al jefe que ridículamente ha fracasado mostrando con escándalo su inmensurable ineptitud. En Roma, cuando un cónsul sufría un descalabro ó derrota, se suicidaba ó era degollado por el pueblo ó los soldados; entre los piratas la regla fué colgar del tope del palo mayor al capitán que había cometido una falta grave; las hordas salvajes sacrifican á su dios feroz al jefe responsable de una derrota y aun suelen comérselo; y en los países civilizados el General González Ortega, después del Borrego, hubiera pasado á un Consejo de guerra á recibir la sentencia merecida por su incalificable impericia."

¡Oh afortunado General González Ortega á quien el destino hizo nacer en México!

Si es cónsul en Roma, después del Borrego tenía el deber de suicidarse, según Bulnes, sopena de ser degollado.

Si hubiera sido jefe de piratas, éstos lo hubieran colgado de una entena después del Borrego. aunque me ocurre una duda que sólo el táctico Sr. Bulnes puede resolver.

¿Verdad que González Ortega á bordo de un buque pirata no podía trepar á la punta del Cerro del Borrego?

Pero si el general González Ortega no hubiera sido general, sino simple jefe de una horda de salvajes, y sufre una derrota, sus salvajes lo degüellan en el ara de su dios y se lo comen.

Mas nada de esto pasó. González Ortega se escapó de las legiones romanas, de los piratas y de los salvajes; pero, peor que todo eso, cayó bajo la crítica del Sr. Bulnes; y este Sr. ignorando lo que fué la sorpresa del Borrego, hubiera hecho lo que los salvajes si tiene á su alcance á González Ortega, lo degüella ante el dios de la guerra donde actúa Bulnes y se lo come crudo.

Pero voy á hacer una pequeña rectificación al anterior arranque histórico militar del Sr. Bulnes.

Eso de que en Roma todo cónsul derrotado se mataba ó lo mataban, no es exacto; algunos cónsules vencidos podría yo citar que continuaron viviendo en paz y aun conservando su alto puesto.

Pero me basta mencionar al cónsul que sufrió una tremenda derrota en la segunda guerra púnica, que ya referí.

Terminada la dictadura de Fabio Máximo *Cunctator* quien había fatigado á Aníbal con sus continuas correrías, Roma tuvo por nuevos cónsules á Terencio Varron y Lucio Emilio quienes con un poderoso ejército salieron al encuentro de Aníbal acampado cerca de Canas, en tierra de Apulia.

El cónsul Emilio Paulo opinó porque no se debía atacar al enemigo; pero el otro cónsul, Varron, empeñó el combate, en el que, como dije ya, fueron derrotados en Canas los romanos muriendo setenta mil hombres.

Pero el cónsul Terencio Varron, seguido de algunos de los suyos, escapó con vida y marchó hacia Roma.

Y, admírese el Sr. Bulnes, Varron, el derrotado, ni se suicidó ni fué degollado; al contrario, el Senado salió en masa acompañado del pueblo á recibir á Varron á las puertas de Roma, y le decretó un voto de gracias *por no haber desesperado de salvar á la República*.

El cónsul Varron salvó su vida indultado y aclamado por el pueblo romano; pero indefectiblemente muere si hay en Roma, en vez de un Senado, piratas, salvajes ó si está allí el Sr. Bulnes.

La Patria ha hecho lo que hizo Roma con el Cónsul Va-